



## **CARNAVALES FUERA DE TEMPORADA**

**José Antonio Garriga Vela**

### **VII Conferencia Inaugural Carnaval de Málaga 2003**

Cuando me propusieron que diese esta conferencia dudé en aceptar, porque no soy ningún erudito en el tema y me parece imprudente hablar sobre algo que ignoro. Pero enseguida descubrí que los carnavales no eran ajenos a mi vida, sino todo lo contrario, me habían acompañado siempre, incluso fuera de temporada. De eso quiero hablarles, de los carnavales visibles e invisibles; de los disfraces que lucimos y de aquellos otros que llevamos dentro y que pasan inadvertidos; de las personas auténticas y de las falsas. Porque el carnaval lo envuelve todo, nos afecta a todos, ricos y pobres, débiles y poderosos, inocentes y criminales. La vida cotidiana es el gran escenario donde transcurren los carnavales. Pero, sobre todo, deseo hablarles de la estrecha y definitiva relación que mi familia ha mantenido con el carnaval, incluso cuando no se celebraba y disfrazarse era una manera de huir de sí mismos, de la cárcel o de la muerte.

Mis padres eran Reyes. Lo fueron sólo un día y cada uno por su cuenta, pero guardaron esa fecha en la memoria como una de las más importantes de sus vidas. Mi padre hizo de Rey Mago estando yo en párvulos, y mi madre participó en un programa de televisión que se llamaba "Reina por un Día". Entonces yo aún no había desenmascarado la verdadera personalidad de los Reyes Magos; fue una lástima, porque si hubiese reconocido a mi padre entre ellos me habría convertido, inmediatamente, en el príncipe de la clase, el embajador de los regalos, y mi poder e influencia hubieran sido decisivos para conseguir el respeto y la admiración del resto de mis compañeros; al menos hasta el día 7 de enero. Lo de mi madre fue distinto. Creo que influyó que el presentador del programa, José Luis Barcelona, era padre de un alumno del colegio y se encontraba con mi madre todos los días cuando iban a recogernos. Estoy seguro que a José Luis Barcelona le gustaba mi madre y quiso hacerla una reina, aunque sólo fuera durante 24 horas y de mentiras. En la vitrina del comedor de nuestra casa, junto a las figuras de porcelana y una maqueta de la Torre Eiffel, estaba el retrato en el que yo aparecía de pequeño llorando en los brazos de un hombre de raza negra con un turbante en la cabeza. Al lado, la foto de mi madre, sentada en el trono, con una corona y rodeada de regalos, posando con su hermano, que los responsables del programa habían traído expresamente desde La Habana, después de diez años de ausencia, para asistir a la coronación de mi madre y hacerla aún más feliz; en un segundo plano aparece José Luis Barcelona, el buitre que pretendía raptar a mi madre disfrazado de presentador de televisión, con la mirada lasciva y la intención de destrozar la armonía de nuestro hogar, seguramente porque ignoraba que mi padre era rey.

Tras ese fugaz y fantástico día, mis padres se quitaron los disfraces y dejaron de ser reyes para volver a la rutina de siempre. Mi padre era sastre, hacía trabajos para el Gran Teatro del Liceo de Barcelona y mi madre lo ayudaba en el taller que había en casa. Cuando por las mañanas salía del cuarto me tropezaba

en el pasillo con La Sonámbula, El Trovador, Carmen, Aída, Medea, El Barbero de Sevilla o La Caballería Rusticana en pleno, que iban a probarse los trajes y vestidos, los sombreros y los cancanes. Entonces estaba prohibido el carnaval en toda la ciudad de Barcelona excepto en mi casa, donde la gente iba disfrazada todos los días excepto en Semana Santa, que mi padre cerraba el taller de la misma manera que las iglesias tapaban los santos, y la ciudad entera se paralizaba para que todo permaneciera oculto e inmóvil hasta el domingo de gloria en que el rey de reyes resucitaba. Yo tenía la sensación de que fuera de nuestra casa todos los días del año era Semana Santa mientras que, de puertas adentro, siempre celebrábamos el carnaval.

En el taller había doce mujeres encargadas de coser. Al verlas sentadas delante de las máquinas, no se porqué, me recordaban los esclavos que remaban en el barco de Ben-Hur. Cuando ellas pisaban los pedales yo las oía desde mi cuarto y las imaginaba soñando que huían del taller, de aquella ciudad y de aquel país, escapaban lejos, a un lugar donde serían coronadas, como lo había sido mi madre y el esclavo Ben-Hur. Ellas se disfrazaban de reinas en el pensamiento mientras pisaban los pedales de una carroza que no las llevaría nunca a ningún palacio.

Los sábados por la noche íbamos al cine Emporio, allí veíamos dos películas de reestreno fatigadas de tantas proyecciones. La pantalla era como el pasillo de nuestra casa, con protagonistas tan identificados con sus disfraces que morían por ellos si hacía falta, aunque luego resucitaban, se cambiaban de disfraz y, a menudo, volvían a morir. A mí me hubiese gustado hacer lo mismo, de hecho siempre que salía del cine me disfrazaba como el protagonista de la película y asumía su personalidad, me convertía en otra persona. Fui vaquero, romano, Ben-Hur e incluso Jesucristo; aunque prefería ser pirata, cualquiera de ellos, asaltar barcos y secuestrar a la vecina del principal primera que iba en el galeón enemigo. Pero cuando me mataban, yo no me moría, sino que me hacía el muerto y me desentendía durante un rato del mundo. Para eso me servía el disfraz de muerto, para desentenderme de todo y pensar en mis cosas. Así son hoy los carnavales, para eso sirven las máscaras, para convertirnos en otra persona, o para ser nosotros mismos con la cara de otro y olvidarnos de las historias serias y tristes que nos emboscan a diario y pensar en cosas agradables y hacer aquello que la estúpida e hipócrita decencia de la sociedad nos impide realizar.

Ustedes se preguntarán qué tiene que ver todo esto que les estoy contando con los carnavales. Les hablo de una época en que estaban prohibidos y la gente tenía que celebrarlos cuando podía, fuera de temporada, en la casa o dentro de su propio corazón; de una forma clandestina y enmascarada. A veces, pienso que mi padre no fue sastre sino que montó aquel taller para engañar a las autoridades y sospecho que los trabajos que realizaba para el Liceo eran una excusa para vulnerar las normas y celebrar los carnavales aunque sólo fuera dentro del ámbito doméstico. El oficio de sastre le permitía hacer disfraces a los ciudadanos perseguidos por el régimen; mi padre les hacía trajes para que pudieran ser libres mientras que el Gobierno de la Dictadura pretendía condenarles a llevar para siempre un traje de madera. Celebrábamos los carnavales a puerta cerrada. Venían a casa los amigos de mis padres y se disfrazaban con las ropas de los artistas de las óperas y bailaban y bebían hasta muy tarde; yo les oía desde el cuarto que compartía con mi hermano mayor. Ahora lo sé, mi padre eligió el oficio de sastre para disfrazar a la gente sin sufrir represalias ni pasar por comisaría.

El día que mis padres fueron reyes yo tenía seis años. Fue entonces cuando descubrí que mis padres no eran mis padres, al menos mis únicos padres, sino que tenía otros anteriores, mucho más viejos y liberales. Los vi en un álbum familiar que llamaban "Historia Sagrada", donde posaban desnudos en medio de un jardín, junto a un árbol donde había un amigo disfrazado de serpiente, con el disfraz tan conseguido que apenas se le notaban rasgos humanos. Aquel álbum contenía la historia sagrada de la familia. Allí estaban mis primeros padres y Dios, que también era mi padre y una retahíla de primos, tíos y sobrinos que jamás he llegado a conocer. Un árbol genealógico que se remonta al origen del mundo. Luego resultó que la serpiente no era ningún amigo, sino el disfraz de otro disfraz que ocultaba la

verdadera identidad del diablo. Yo tenía una tremenda curiosidad por los demonios, porque apoyaban los mismos placeres que mi padre y sus amigos defendían en las sobremesas. Sin embargo, los diablos estaban castigados a vivir en el fuego eterno sin quemarse. Vivir en el fuego sin quemarse tenía que producir una sensación emocionante y maravillosa. Admiraba a esa clase de seres capaces de cosas imposibles y milagrosas, que vivían al otro lado de la vida, en el interior de la Tierra, jugando continuamente a los disfraces para tentar a los aburridos habitantes de la Tierra y cometiendo fechorías, rodeados de calderas y mujeres desnudas, pasando el día en el fuego sin quemarse. El carnaval del placer se celebraba en el infierno y sus moradores estaban condenados a disfrutar eternamente. Decidí hacer todo lo posible para reunirme con ellos, al contrario que mis compañeros de clase que vivían atemorizados y procurando ser cada día mejores para evitar el paraíso infernal.

El balcón de nuestra casa estaba a un metro escaso de la calle. Cuando me asomaba veía hombres disfrazados de gris que perseguían a los que no llevaban uniforme. Cuando mis padres se ausentaban, mi hermano y yo nos poníamos los vestidos del Liceo. Un día mi hermano se asomó a la ventana con el vestido y la peluca de Madame Butterfly para ver a los hombres grises correr tras los que no iban disfrazados. Entonces uno de los grises se quedó mirando a mi hermano como si fuese una aparición, dio con la porra un golpe al cristal, le agarró del cuello y lo llevó a comisaría. Ese día descubrí que vivíamos en un mundo pequeño y doméstico que no tenía nada que ver con el mundo de fuera. Que la felicidad se restringía al limitado espacio que marcaban las fronteras de nuestra casa y que teníamos que protegernos de los peligros que nos acechaban al otro lado del balcón. La libertad era un privilegio que sólo existía de puertas adentro; una joya que era preciso guardar en lugar seguro, escondida dentro de nosotros mismos, como los prisioneros que se tragan la llave del guardián para luego intentar huir. Nuestra conducta no guardaba ninguna relación con la moral pública que los grises y sus jefes defendían. Mi padre solía decir que el mundo es redondo y el que no se despabila va al fondo.

A mis padres les gustaba una película titulada "Orfeo Negro", que se desarrollaba en un país que era como el pasillo de nuestra casa pero mucho más grande. Un país que cada año salía en la televisión, con desfiles de mujeres casi desnudas que se movían como si estuvieran recibiendo una descarga eléctrica. Los carnavales eran una tentación demasiado fuerte para los habitantes de nuestro triste y aburrido país. No volví a ver a mi hermano desde que lo sacaron por el balcón, hace más de cuarenta años. Estoy seguro que dejó de correr delante de los grises y se fue volando a Brasil, porque no pudo resistir la tentación de pasear por las calles repletas de personas que brillaban en medio de la noche. Los carnavales de Brasil simbolizaban la libertad y mi hermano buscaba la libertad más allá de los cristales del balcón, más allá de una sociedad en donde los ciudadanos actuaban teledirigidos por un ventrílocuo pequeño y calvo, con una bandera rosa que le cruzaba el pecho y una mano que subía y bajaba como el ascensor de una casa de muñecas. Vivíamos en una casa de muñecas olvidada en una habitación muy grande. España era una gran ballena varada en el sur de Europa.

Desde entonces, desde que mi hermano se fue, las personas que desaparecen sé que están en Brasil, donde viven el carnaval, disfrazadas, brillando como estrellas en medio de la noche. Dentro de alguno de esos disfraces debe estar mi hermano, mi padre con sus amigos y todos los que desaparecieron. Los que se hicieron los muertos para pensar en sus cosas y huir de la monotonía. Pero volvamos a la vida real, a la inercia de las personas que visten y viven correctamente.

Algunos años después de la partida de mi hermano, una mujer disfrazada de bruja me paró en medio de la calle y empezó a hablar de mi familia como si nos conociera de toda la vida. Me aconsejó que viajásemos al Sur, porque allí nos encontraríamos a nosotros mismos, ya que de tanto disfrazarnos habíamos perdido la propia identidad. Vivíamos en un mundo donde las máscaras no tenían nada que ver con los desfiles de Brasil ni con los famosos que visitaban el pasillo de nuestra casa. El Sur podía ser una huida y también una salvación. Era el año 1969. El destino quiso que ese mismo año mi padre aceptara un trabajo en Málaga. Los ojos de la adivina habían traspasado el balcón de nuestra casa de

Barcelona, habían recorrido el pasillo y llegado al taller, allí vio las máquinas inmóviles, las cosedoras soñando como fantasmas, mi padre dibujando patrones a los amigos, mi madre planchando trajes para los exiliados, y la adivina vislumbró nuestro futuro en otro lado, al Sur. El día 21 de julio de ese año, mientras tres hombres disfrazados de astronautas huían de la Tierra a bordo de una nave con nombre de cabaret, en dirección a la Luna. Nosotros bajábamos al Sur, convertidos en emigrantes que se desplazaban a contracorriente.

Hubieron de pasar varios años hasta que descubrí que el traslado de mi familia a Málaga no guardaba relación con cuestiones laborales de mi padre sino con problemas políticos. Mi padre se disfrazó de hombre joven para hacer el viaje. Se puso una peluca rubia e incluso cambió las fotos de los carnets. Era otro hombre con un nuevo pasado y un incierto porvenir. Ahora no se llamaba José Garriga Martorell sino Alfonso Rojo Izquierdo, sólo los apellidos guardaban alguna relación con su auténtica personalidad, el cambio de nombre no se restringía solamente a él, sino también a mi madre y a mí, e incluso a mi hermano que sin saberlo había cambiado de apellidos, o sea que se estaba moviendo por Brasil con un pasaporte falso. Mi padre era de constitución fuerte y por las noches roncaba con tal potencia que no podíamos conciliar el sueño. Entonces supe, aquí en Málaga, tras ver a mi padre dormir con el disfraz de hombre joven y desenfadado, supe, digo, que mi padre era dos personas a la vez, roncaba como si fueran dos personas las que roncaban y en realidad era así, porque dentro de los ronquidos de Alfonso Rojo Izquierdo roncaba José Garriga Martorell con un tono más bajo, con pequeños silbidos, probablemente suspiraba de ese modo para que no lo descubrieran, para que nadie lo delatase y le arrebatara el disfraz como había hecho con mi hermano y con Madame Butterfly aquel hombre de gris en el balcón de casa. El secreto de la supervivencia de mi padre fue los diferentes disfraces que a lo largo del carnaval de la vida cotidiana fue utilizando para salvar el pellejo y pasar inadvertido, paradójicamente, cuando más llamaba la atención. Qué falsa, qué terrible, qué extraña aquella sociedad que prohibía los carnavales y obligaba a los ciudadanos a disfrazarse para poder sobrevivir. Cómo echaba de menos los días que nos disfrazábamos en casa con el único propósito de reírnos y pasarlo bien.

Mi padre mantuvo el nombre falso, por cuestiones de seguridad, hasta febrero de 1980 en que volvió a ser el que era. El azar quiso que se quitara el disfraz en las fechas en que se celebraba, por primera vez en muchos años, el Carnaval de Málaga. Pero mi padre estaba condenado a disfrazarse, y en febrero de 1981, cuando sólo llevaba un año siendo el que auténticamente era, hubo de volver a convertirse en Alfonso Rojo Izquierdo, se puso de nuevo la peluca y miró a través de la ventana los carnavales de aquel año, unos carnavales con desfiles de tanques y militares que pretendían que la sociedad española regresara a la época gris. El 23 de febrero de 1981, cuando sólo se llevaba un día de carnaval, una murga disfrazada de Guardia Civil irrumpió en el Congreso con la idea de quitarnos las ideas liberales de la cabeza y prohibir de nuevo los carnavales.

A partir de entonces, tal vez cansado de ser una máscara y harto de lo molesto que le resultaba llevar peluca, mi padre dejó de disfrazarse fuera de temporada, al contrario que muchas personas, que se dedicaron a ocultar la propia personalidad, la que habían exhibido en la época gris, para aprovecharse de las circunstancias. Entonces mi padre preparó su viaje a Brasil para reunirse con mi hermano. Antes de irse, me aconsejó que nunca me fiara de los poderosos ni de quienes les rodean y adulan, porque suelen esconder los sentimientos y nunca sabes qué piensan realmente, ni si llevan máscara o son así. Además, añadió, un gran sentido del ridículo les impide disfrazarse nunca de nada divertido. Algunos años después, en enero de 1988, mi padre se fue a Brasil, para lucir su disfraz favorito. Un disfraz que no se fabrica al por mayor, porque la integridad y dignidad de las personas no se vende en las tiendas de artículos para fiestas.

Cuando les digo que los carnavales me han acompañado desde siempre no les miento. Esta misma tarde, antes de venir aquí, he tomado café con Garriga Vela para confirmarle que aceptaba su propuesta de suplantarle en este acto y leer sus palabras. A él no le gusta hablar en público, lo pasa mal, prefiere

quedarse en casa y que yo lo sustituya. Porque yo soy el que sale en las fotos de sus libros, el que lee sus conferencias, el que defiende sus pensamientos. Los escritores son personas invisibles que otras personas suplantán para que ellos puedan trabajar en paz. ¿Creen ustedes que alguien podría escribir estando todo el día de bolos, tertulias y entrevistas? Los escritores también celebran los carnavales fuera de temporada. Usan un disfraz con vida propia, una especie de doble que les representa mientras ellos trabajan. Quizá entre ustedes haya muchos que vienen en sustitución de otros, tal vez de sí mismos. Al salir de casa se han puesto el traje de espectador, el alma de carnaval y ahora están dispuestos a pasar una semana de placer y diversión. Hacen bien. La vida son cuatro días y siempre vivimos el último. Ya tendrán tiempo de quitarse la máscara y mirar de frente la realidad. El mundo se desmorona a nuestro alrededor, se derrumba, se destruye. Yo, o el que digo que soy yo, busco en la televisión de febrero los ojos de mi padre, de mi hermano, de los amigos que se fueron al Carnaval de Brasil; porque allí están los que se hacen los muertos para pasar inadvertidos y pensar en sus cosas. Los carnavales son el paraíso terrenal. Tal como está el mundo, yo les aconsejo que hagan como ellos y vayan al carnaval; el único territorio en donde se es libre de decir o interpretar lo que uno piensa sin pasar por comisaría o ser denunciado. Y cuando el carnaval acabe, sigan con el disfraz y la fiesta, para qué regresar a la rutina de las horas contadas. Háganme caso, no lo dice Garriga Vela lo digo yo, que he pasado la vida disfrazándome y usurpando personalidades. La vida es un suspiro en un planeta contaminado, el infierno quema menos que la rutina, lo sé, porque también he sido diablo. Disfruten mientras puedan, despójense de las prendas asfixiantes y de las máscaras confusas o engañosas. Pónganse el disfraz más cómodo, aquél con el que se sientan más identificados, el que llevan dentro y nunca se atrevieron o pudieron lucir. El Carnaval comienza. Deseémosle larga vida al Carnaval. Larga vida a la vida. Despidamos el miedo y la intolerancia y, sobre todo, digamos de una vez y para siempre: Adiós a las armas.

---